

Griselda Tarragó; *De La Orilla del Mar a la Vera del Río: Navegantes y comerciantes genoveses en el Plata y el Paraná (1820- 1860)*. Rosario, Prohistoria, 2011.

Aldana Salazar

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata - CONICET
Argentina
asalazarunlp@yahoo.com.ar

El presente trabajo de Griselda Tarragó, indaga sobre las problemáticas, los móviles y motivos de la inmigración genovesa en el período independiente de nuestro país. Se compone por una introducción, cuatro capítulos, una conclusión y dos apartados documentales donde evidencia todas las fuentes trabajadas para su tesis.

En su introducción asevera la problemática existente en el campo historiográfico migratorio. Por lo que también la posiciona frente a su objeto de estudio. Sostiene que la historia migratoria se identifica por lo general con la era aluvional, iniciándose como una especie de hora cero, que terminó negando u relegando los procesos migratorios precedentes. Por lo tanto aquí yace su fundamentación, respecto a su recorte temporal, ya que sostiene que, este es netamente historiográfico, pero no histórico. Por ello toma el período 1820 - 1860 como período de análisis, sobre todo porque es posible pensar que estos hombres y mujeres se hayan enfrentado al mismo dilema al momento de inmigrar. Para la autora, algunos estudios iniciales se centraron específicamente en los factores pull- push incluyendo en dos espacios geográficos distintos para dar lugar al fenómeno migratorio. Los diversos estudios posteriores, en cambio pusieron énfasis en la llamada historia social de la inmigración, considerando al inmigrante como un sujeto que conformó conscientemente su "*cursus vitae*" tomando la decisión de emigrar, junto al éxito o fracaso del mismo. Así también ha surgido la necesidad de elaborar nuevas teorías sobre la

sociedad menos simples, contemplando otras cuestiones dentro del análisis, como por ejemplo, la familia, las minorías, los grupos sociales, etnicidad etc. Este pluralismo ha desplazado las teorías asimilacionistas, observando al inmigrante como un sujeto artífice de su propio destino, planificando y objetivando su viaje, analizando paso a paso costos beneficios o pérdidas. A raíz de esto tomó una gran importancia la idea de cadenas migratorias. Dicho concepto, complementa este nuevo viraje pluralista, dónde el inmigrante se basa en relaciones primarias fundamentales, para conocer las oportunidades de asentamiento y subsistencia. Complejidades similares, se presentan al momento de definir este objeto de estudio. ¿Quién era un inmigrante? Tarragó sostiene que existieron muchas dificultades para definir dicha categoría. En la antigüedad el concepto era demasiado difuso y es recién el estado moderno quien intenta clarificar la cuestión. Aun así muchas veces el término era asimilado a viajero o extranjero. Recién con la formación del estado argentino el concepto cobra mayor precisión. Considerado como factor de civilización tanto por la Constitución Nacional, como por la Ley de Colonización e Inmigración de 1876. El trabajo ha sido elaborado con una gran diversidad de fuentes. Se ha utilizado documentación inédita del Archivo Histórico Provincial de Rosario, el Archivo del colegio de escribanos de Rosario, datos estadísticos de la provincia de Santa Fe, censos, Anales de la ciudad de Santa Fe y también el Archivo di Stato di Torino y el Archivo di Statodi Génova.

En el capítulo I titulado *Argentina e Italia antes del estado-nación*, la autora trata la inserción migratoria en el marco de cambios y conflictividades de ambos territorios.

Sostiene que Italia no era un estado moderno como se lo conoce en tiempos actuales. Era una sucesión de reinos y estados, unidades territoriales que tenían disímiles denominaciones. Diversos intentos de reordenarse internamente, han atravesado la historia italiana y cada acontecimiento debe ser entendido en sus dos dimensiones: la local y la internacional, para comprender la unificación italiana a mediados del siglo XIX con

Il Risorgimento Italiano. Un período de grandes transformaciones y modernización social. También analiza y explica paralelamente el proceso de unificación y consolidación de nuestro país, tampoco libre de guerras y conflictos. Con el surgimiento de juntas en España, que juraron fidelidad a Fernando VII mientras Napoleón convulsionó el clima político europeo, en Hispanoamérica se planteó la cuestión de la legitimidad política dentro de la solución emergente. Tarragó se pregunta al respecto ¿Quién gobierna y en nombre de quién?, el viejo orden español se había quebrado y nuestra región sufrió los acontecimientos mas importantes que permiten comprender dicho quiebre: La Primera y La Segunda Invasión Inglesa. Otro de los acontecimientos que es tomado como referentes, es La Revolución de

Mayo, que extendió su faceta revolucionaria por casi diez años. Nuestro proceso revolucionario fue además, el único no reconquistado por la contrarrevolución. Pero su costado negativo era evidente, Tarragó argumenta, que esta había destruido el antiguo orden político, pero no había sido capaz de rehacer un proyecto coherente. La organización del pueblo quedará indefinida y la unidad política nacional será solo una utopía, en una mirada comparativa y acertada, la autora esgrime que la unidad política nacional es tan inverosímil en el Río de La Plata como en los reinos italianos, porque pese a los diversos pactos interprovinciales, paulatinamente el poder fue transferido a Buenos Aires sobre todo con la llegada de Juan Manuel de Rosas, quién logró construir la hegemonía de la misma por sobre toda la Confederación.

Luego de la Batalla de Caseros se sancionó la tan ansiada Constitución Nacional en 1853, con la definitiva incorporación de Buenos Aires en 1861, dando inicio a la Argentina Moderna. En este sentido, Tarragó asevera, que ambas naciones se unificaron y comenzaron su trayectoria histórica como Estado Nación en el mismo tiempo, lo que termina uniendo y asemejando entre otros factores, la historia de Italia y de Argentina. Luego de efectuar un recorrido histórico de ambas naciones, en el capítulo II titulado *Marinos y Genoveses en el Plata*, analiza la presencia de los primeros genoveses en esta región. Atiende a lo ocurrido con la región de Liguria luego de la derrota de Napoleón. La situación económica y financiera era desastrosa. Ello contrastó con la pujanza de la construcción naval de los Genoveses de tradición y experiencia secular. Las trabas locales impuestas por el gobierno de Torino, fueron de carácter diferencial, para proteger la industria nacional. Lo que terminó estimulando la construcción de una flota naval genovesa, que transportó bienes e información hacia el Río de La Plata. Con ello, la inmigración se hizo efectiva. Arribaron a esta región, debido al creciente comercio en el litoral y a la necesidad existente de trabajadores de barcos ya que nuestra región carecía de brazos que supieran efectuar el trabajo. La tradición constructora de los genoveses fue la clave para la inserción y la articulación social.

Un eje significativo en el tema, es el análisis de literatura italiana para ver a través de esta la presencia italiana en esta región. Argumenta que ya se habían establecido desde el siglo XVIII y llegaron a la región desempeñando diversas ocupaciones en almacenes, pulperías, confiterías y demás, se establecieron en el barrio de La Boca incorporando consigo su tradición naval lo que les permitió una rápida e inmediata inserción. Muchos llegaron a ser grandes corredores de propiedades inmobiliarias partícipes directos de este negocio y hacia mediados de siglo, sostiene la autora, su número ascendía a 27.000 individuos. Trabaja el modelo de red en algunos casos específicos y sostiene con ello la gran importancia de los contactos familiares locales para la llegada y la inserción socioeconómica. De hecho, las sociedades ligures que se llegaron a establecer, tenían sólidos vínculos familiares.

El capítulo III se titula *No hay mal que dure cien años, Santa Fe y el Litoral de los Ríos entre 1810 y 1840*. Aquí destaca el aspecto geográfico como motor y condicionante de crecimiento social y económico. También desarrolla la historia de la región en cuestión, al calor de los acontecimientos revolucionarios y cómo emergió luego de las guerras y conflictos independentistas. Geográficamente, el curso fluvial del Paraná ha sido un elemento organizativo económico y político, la región ha estado bajo control del virreinato del Perú luego de su fundación, ha sido articuladora de un gran sector económico a espaldas de Potosí y de cara al Atlántico. Con las guerras revolucionarias los comerciantes locales se vieron obligados a reestructurar sus actividades, esto cobró una nueva dinámica en la etapa posrevolucionaria, en este marco se insertaron los migrantes genoveses, quienes aprovecharon la oportunidad que proporcionaba la reconfiguración de la economía posrevolucionaria en el comercio fluvial y se involucraron con éxito en el negocio de exportación que venía del mediterráneo articulándolo con el local. De instalación esencialmente ribereña, redefinieron económica y socialmente el espacio litoral y extendieron su influencia incluso hasta Entre Ríos y Corrientes. Sin embargo, Tarragó explica que Rosario fue el punto de mayor concentración de genoveses. Estos fueron propietarios del 83% de las naves del puerto, propietarios de comercio, e integrantes activos del negocio de exportación e importación. Todo ello, le permite a la autora, establecer un modelo de asentamiento regional en torno a la zona portuaria, como era de esperarse.

El IV y último capítulo de denomina *Genoveses en La Pampa Gringa 1840- 1860*. Aquí se remite al surgimiento y consolidación económica de Rosario luego de las transformaciones antes mencionadas. Si bien hacia 1830, era tan solo un pequeño asentamiento con población dispersa, cuya actividad comercial estaba basada en el contrabando, los acontecimientos del siglo XIX la convirtieron en una pujante ciudad comercial, obstaculizada por las políticas prohibitorias de Juan Manuel de Rosas, tuvo que esperar hasta 1856 para tener un crecimiento notorio ya que sus rentas en comparación con las de Buenos Aires no eran las mejores. Solo con la sanción de la Ley de Derechos diferenciales en 1856, Rosario pudo crecer debido a la producción absorbida desde la campaña y el puerto ubicándose en esta apertura comercial, en un punto intermedio entre el mercado interno y el mercado mundial, todo ello decantó en el nacimiento de la Pampa Gringa articulada al modelo agroexportador.

Otro tema de suma importancia son las estrategias empleadas para insertarse localmente, el matrimonio por ejemplo, era el paso fundamental para superar la incertidumbre social y económica con la que arribaban estas tierras. Por lo general, matrimonio, familia y comercio iban de la mano junto al establecimiento de redes sociales primarias. Tarragó cita al respecto diversos ejemplos que espejan y reflejan ello como una herramienta clave en el asentamiento genovés. Así, establecían grandes

negocios comerciales, actividad que se articulaba con el tráfico fluvial. Fundaron empresas familiares en el rubro de cabotaje y también se dedicaron al negocio inmobiliario y las casas comerciales. En este sentido, la autora hace una válida aclaración: se trataron de pequeñas empresas familiares (lo que valida aun mas las estrategias matrimoniales), sin esa carga ideológica que alude a algún eslabón central en el desarrollo del capitalismo. Por último, efectúa un análisis general sobre este tipo de migración y concluye que los genoveses de Rosario, provenían de sectores medios urbanos, en proceso de ascenso social, los que luego constituyeron la burguesía rosarina, con una importante capacidad estratégica de inserción social en el medio portuario fluvial, sobre una economía redefinida luego de las guerras revolucionarias y en una etapa transicional, hacia la Argentina Aluvional. Al final de su obra, la autora presenta dos anexos documentales que evidencian el recorrido documental efectuado, el primero comprende el censo de italianos de Rosario en 1855 situado en el Archivo Di Stato Di Torino y el segundo anexo comprende el registro de embarcaciones de pasajeros desde el puerto de Génova don destino a Buenos Aires y Montevideo entre 1823 y 1842, también del Archivo Di Stato di Gènova, la documentación es extensa y novedosa, fundamentando perfectamente su análisis.

Carrera, Julián: *Algo más que mercachifles. Pulperos y pulperías en la campaña bonaerense, 1770-1820*. Prohistoria, Rosario, 2012, 232 p.

Carlos María Birocco

Universidad de Morón, Argentina
cbiroc@yahoo.com.ar

La historiografía de las últimas tres décadas ha aludido con cierta frecuencia al rol determinante que cupo a las pulperías rurales en el crecimiento económico y demográfico experimentado por la campaña bonaerense entre fines de la etapa colonial y el período pos-independentista. Pero se trata de una temática que aunque repetidamente abordada, lo había sido lateralmente, careciendo hasta hoy de un estudio que la afrontara en forma sistemática. Dejando atrás una visión más tradicional sobre las pulperías de campaña –empecinada en enfatizar aspectos negativos

como la suciedad y pobreza de sus instalaciones, su escaso surtido de mercancías y la ligazón de sus propietarios con el juego, la venta de “vicios” y el cuatrерismo— los enfoques más recientes ampliaron significativamente esa mirada y resaltaron el lugar central que las mismas ocuparon en la articulación comercial entre ciudad y campaña, habilitando con dinero y semilla a los productores y canalizando el excedente agrícola hacia el abasto urbano y parte del tráfico de cueros hacia el mercado atlántico. En *Algo más que mercachifles*, Julián Carrera recoge y enriquece la imagen ofrecida por la renovación historiográfica y nos propone considerar a las pulperías como el último de los muchos eslabones que permitían que bienes provenientes de ultramar o de otros puntos del imperio español llegaran a los lugares más recónditos del ámbito rural, abasteciendo a los habitantes de las estancias, los pequeños poblados y los fuertes fronterizos y ofreciéndoles un espacio de sociabilidad e intercambio, aunque no exento de conflicto. Junto con los párrocos y con los militares, los pulperos se convirtieron así en actores destacados en el proceso de ocupación de la campaña.

El autor de este libro comienza por recalcar las dificultades que plantea la definición de su objeto de análisis. Sin limitarse a su rol de proveedoras de mercancías al menudeo, las pulperías eran asimismo tabernas y podían servir de alojamiento a circunstantes y viajeros. Pero aunque se trató en algunos casos de establecimientos precarios que sólo funcionaban durante la siega o la yerra, alentados por la circulación estacional de metálico entre la peonada, en otras ocasiones dispusieron de instalaciones permanentes y contaron con recursos suficientes para ofrecer crédito a los productores y almacenar grano y pieles. Otra característica remarcable fue su dispersión: las había en los poblados, en los cruces de caminos y en la frontera y, en el caso de las “pulperías volantes”, se desplazaban de paraje en paraje. En cuanto a sus propietarios, los pulperos, a pesar de que se coincide en su relevancia como actores sociales tampoco resulta fácil definirlos. No todos lo eran de tiempo completo y no faltaban los que emprendían la venta de efectos como una de tantas actividades pero luego daban prioridad a otras, obedeciendo a los imperativos del calendario de producción agropecuaria. En un ámbito donde la diversificación era garantía de supervivencia, Carrera propone que se considere como “pulpero” a aquel cuyas actividades comerciales, sin ser excluyentes, ocupaban un lugar central entre sus otros emprendimientos.

En un primer intento de identificación del sector estudiado, el autor apunta a recoger información de las fuentes de origen fiscal (principalmente los registros de alcabala y compostura) para señalar a los individuos que mostraron una cierta continuidad en el rubro comercial (o que por lo menos no evadieron la contribución durante períodos más o menos largos). El crecimiento de dicho sector

corrió en paralelo con el proceso de mercantilización de la campaña: partiendo de las algo más de un centenar de pulperías que existían hacia 1780, su número se triplicó al promediar la primera década del siglo XIX y ascendió a más de 600 hacia 1815. Ese incremento estuvo por encima del crecimiento demográfico y se vio acompañado de un alto grado de penetración territorial que no se limitó a las inmediaciones de parroquias, poblados y fortines sino que alcanzó los parajes más recónditos. Representadas en forma desigual a lo largo de la campaña, durante el período tardocolonial la mayor concentración se produjo en las zonas aledañas a la ciudad, que eran predominantemente cerealeras, pero con el correr de las décadas su presencia se fue haciendo cada vez más contundente en los partidos ganaderos cercanos al río Salado. Expresión contundente de que la expansión mercantil se movió al compás del *boom* ganadero que experimentó la región norpampeana luego de su desvinculación definitiva con la metrópoli colonial.

En relación con los patrones de ascenso de los pulperos, Carrera encuentra en muchos casos evidencias de un período inicial que pudo ser formativo o al menos de relación de dependencia: algunos de ellos comenzaron siendo mozos de tienda, mientras que otros lo hicieron como miembros de una *compañía* a la que aportaban trabajo pero no capital. A ese período lo seguían los primeros emprendimientos propios, para afrontar los cuales recurrían al crédito de los comerciantes urbanos o de otros pulperos ya consolidados, por lo que a menudo terminaban sometidos a deudas de difícil liquidación. Pero gracias a esos vínculos se conformaban lo que el autor denomina “redes de microcrédito”, en que los modestos pulperos de campaña se constituían en el último eslabón de una cadena que propulsaba la expansión de la actividad comercial en las zonas rurales y tenía como retorno el flujo de la producción rural hacia el mercado urbano. Una característica del sector fue la preponderancia de establecimientos modestos que se diseminaban por toda la campaña, aunque estaban más concentrados en ciertos puntos, como los partidos cerealeros de extramuros como Morón y San José de Flores, algunos poblados antiguos como Luján, Pilar y San Antonio de Areco y los fortines fronterizos rodeados de pequeños establecimientos productivos como Guardia de Luján, Lobos y Chascomús. Esa proliferación acentuaba la competencia y condujo a que muchos de estos pequeños negociantes abandonaran la actividad, a la vez que otros se consolidaban en el ramo.

En función a esto último, el autor se pregunta atinadamente si la pulpería era una empresa duradera y si esto último necesariamente implicaba que fuese exitosa. Y encuentra que alrededor del 45% de las pulperías mencionadas por las fuentes impositivas superaron los diez años de contribución al erario, pero que no siempre esa estabilidad se traducía en rentabilidad, pues la venta al fiado a pequeños pro-

ductores y peones dejaba tras de sí un tendal de deudas incobrables que, combinada con los períodos de iliquidez que enfrentaban con frecuencia, podía arrastrarlos a la quiebra. No obstante, el hecho de que se mantuvieran en pie durante más de una década indica que, a la larga, los pulperos encontraron la manera de sortear ese y otros escollos, sometiendo a los productores que se abastecían en sus tiendas a préstamos y endeudamiento, participando de todos los circuitos mercantiles (sin excluir el ilegal) y alternando su actividad comercial con emprendimientos productivos como la siembra o la cría de animales. ¿Cuál era, entonces, el lugar que ocupaban frente a los otros actores influyentes de la campaña? Ese es uno de los puntos centrales de la discusión y Carrera recoge la opinión de investigadores de la talla de Halperín Donghi, Jorge Gelman y Juan Carlos Garavaglia para contrastarla y completarla con el resultado de sus indagaciones personales. El prototipo del sector se identifica con lo que llama “pulpero puro” o “pulpero profesional”, esto es, el comerciante no implicado en el ámbito de la producción y plenamente abocado a la compra y venta de artículos importados y efectos de la tierra. Su rol de prestamista lo colocaba por afuera de la compulsión ejercida por los terratenientes y lo dotaba de instrumentos propios de coacción con que competir con estos para adueñarse de la producción del campesinado. Pero la abundancia de pulperías y tendejones lo enfrentaba a la competencia de sus pares y moderaba los alcances de dicho poder de coacción.

No obstante, Carrera nunca pierde de vista los matices que distanciaban al “pulpero profesional” de buena parte de sus colegas. Considerando la heterogeneidad del sector, Carrera se propone reconstruir el perfil socioprofesional de estos pequeños comerciantes rurales y determinar el lugar que ocupaban en el ámbito local. A las fuentes utilizadas agrega las de carácter censal, en particular los padrones de los partidos de campaña de 1813 y 1815. Del análisis de estos resulta que el propietario de una pulpería era fundamentalmente un foráneo: la mayor parte de ellos no eran oriundo del partido en el que vivían sino que provenía de la ciudad de Buenos Aires u otros puntos del virreinato, o bien había nacido en la península. Al punto de que en 8 de los 24 partidos de los que se poseen padrones, ni un solo pulpero era originario del lugar... Los niveles de nupcialidad que presentaron, algo más bajos que los del resto de la población rural, sumados a las pobres evidencias de vinculación matrimonial o parental con las familias propietarias de dichos partidos, invitan a pensar que el parentesco no se constituía en su principal estrategia de inserción en la comunidad. ¿Derivaba ello de su dedicación predominante al comercio, que los dejaba al margen de la producción y de los vínculos que ésta generaba entre los miembros de una vecindad rural?

Para responder esta cuestión, medular a la hora de determinar ese grado de

inserción, el autor cruza información de origen censal con la de origen fiscal e identifica 58 pulperos de los que se poseen evidencias sobre sus ocupaciones entre 1780 y 1800, y observa que rara vez sus incursiones en el comercio se superponen con sus emprendimientos en los ramos de la agricultura y la cría de ganados. Carrera no pone en duda de que durante el período estudiado en este libro, el comercio era significativamente más redituable que la producción agropecuaria, por lo que cabe analizar cuáles fueron los propósitos de esta estrategia de diversificación. Pero rechaza la idea de aplicar en forma rígida las categorías de “productor” y “comerciante” y se propone explicar esa alternancia entre las dos actividades ampliando su muestra a 284 individuos que figuran en los padrones como productores y que fueron en algún momento de su vida identificados por los registros fiscales como pulperos. Halló que 125 de ellos tuvieron cierta continuidad en el ramo del comercio y que más de la mitad de los mismos fueron labradores, circunstancia que parece relacionarse con la imprevisibilidad de los ingresos de la agricultura a pequeña escala, expuesta siempre a los bajos rendimientos de la cosecha y a las fluctuaciones en el precio del grano, que los habría obligado a tomar la actividad comercial como un complemento en sus ingresos.

Tras detallar algunos casos de sujetos cuyas actividades y trayectoria, por estar suficientemente detalladas en las fuentes, resultan mejor conocidas, el autor identifica por un lado a hacendados y labradores que esporádicamente se volcaron al comercio y por otro a “pulperos profesionales” que incurrieron en forma ocasional en la producción. Pero de los casos que Carrera presenta como representativos entre estos últimos, lo que llama la atención es que, pese a la mayor rentabilidad del comercio, a la larga esos pulperos no “acumulaban” capital comercial sino que vertieron las utilidades de sus negocios en efectuar mejoras en su propiedad inmueble, en ampliar su capacidad productiva de sus fincas plantando quintas de árboles frutales o incluso adquiriendo grandes rebaños de animales, o en acometer empresas directamente relacionadas con la producción tales como la molienda de grano en atahonas.

Estos patrones de inversión, propios de las sociedades europeas mediterráneas del Antiguo Régimen, más allá de poner en evidencia los resguardos que tomaban estos individuos frente a los riesgos y la imprevisible rentabilidad que ofrecía el comercio al menudeo, nos conducen a preguntarnos qué cuota de prestigio social les otorgaba esta ocupación en una vecindad que miraba con recelo las actividades del pulpero. Tal inversión en bienes inmuebles y semovientes podría ser considerada una estrategia de asimilación de los pulperos a los sectores propietarios de la campaña y como una manera de ganarse la aceptación de estos. El capítulo que Carrera dedica a la “vida cotidiana”, en efecto, se trasunta el empeño de los pulperos más ricos en brindar confortabilidad a sus viviendas y en adquirir los mismos elementos de ostentación que los miembros de los estratos acomodados

de la campaña, tales como estribos y espuelas de plata o la indumentaria que les era característica, lo mismo que en participar junto con éstos en las prácticas de sociabilidad y de culto que les eran propias, como lo eran su afiliación a hermandades y cofradías religiosas.

Esta capacidad de acumulación sólo era observable en individuos lo suficientemente consolidados, y como se desprende el detallado análisis que hace Carrera de su cúmulo de fuentes, no todos alcanzaban ese status económico. Si bien el manejo de importantes muestreos lo lleva a concluir que los pulperos alternaban las actividades productivas con las comerciales, el autor no establece estadíos en las trayectorias de estos sino que toma los datos en su conjunto, sin un intento de periodizarlos. En mi opinión, su enfoque se hubiera visto completado si hubiera recurrido al método de análisis utilizado por Claudia Contente en uno de sus artículos e imitado por otros autores: hubieran podido aprovecharse las declaratorias de autoidentificación solicitadas por censistas, curas párrocos u otros agentes estatales o corporativos con la finalidad de reconstruir los recorridos de vida de los sujetos que componían el sector estudiado y diferenciar tramos o etapas en sus trayectos ocupacionales, estableciendo de esa manera patrones de ascenso o consolidación que pudieran ser reconocibles. Gracias al conocimiento de las distintas actividades que declaran los pulperos a lo largo de esos trayectos, sería posible apreciar qué porcentaje de los mismos comenzó como labrador o criador y en un segundo tramo de su vida se “capitalizó” como pulpero, y qué segmento inició dicho trayecto como tendero pero luego se concentró en la siembra de trigo o la cría de animales y secundarizó u abandonó la actividad mercantil. De los 58 individuos, por ejemplo, que pagaron alcabalas por pulpería y por estancia entre 1780 y 1800 (presentados en el Cuadro VI-I en las páginas 148-150) se observa que 32 acaban abonando esta carga sólo por su estancia, lo que sugeriría que se ubicarían dentro de este último grupo. En él también podrían situarse aquellos tenderos que se reconvirtieron forzosamente en hacendados porque sus inversiones en bienes productivos terminaron salvándolos de la quiebra a que lo empujaban las frecuentes deudas impagas.

Los últimos capítulos del libro se ocupan de la vinculación entre los pulperos y el poder local. Muchos de ellos fueron llamados a ejercer cargos de poder, fundamentalmente las alcaldías de la Hermandad y la oficialidad en los cuerpos de milicias rurales: se cuentan 200 comerciantes rurales que se desempeñaron como funcionarios. Pero también es cierto que se los sospechaba de acopiar cueros adquiridos en los circuitos ilícitos y de participar en el contrabando. La pregunta que el autor se hace es si, a la hora de imponer el orden público en la campaña, el pulpero representaba para el Estado un aliado o un contraventor a las normas. La pulpería

siempre estaba en la mira de las autoridades y era objeto de desconfianza por ser considerada el epicentro de la circulación clandestina de bienes y por convertirse con asiduidad en escenario del delito, tal como se refleja en los expedientes judiciales. En el casi un centenar de estos que el autor consultó, los pulperos resultaron involucrados en el proceso, en carácter de protagonistas, sospechosos, testigos o sumariantes. Es innegable que podían llegar a ser vistos por los sectores propietarios locales como “buenos vecinos”, es decir, como propietarios de arraigo que estaban bien opinados por el resto de la vecindad, por lo que eran llamados con alguna frecuencia a colaborar con la justicia para proceder contra quienes contravinieran el orden público o atestiguar contra ellos. Pero como la pulpería era espacio de encuentro entre distintos sectores sociales, donde eran tolerados los vicios, el juego, la riña y otras prácticas que desafiaban a la normativa estatal, además del lugar donde se transaban clandestinamente los cueros robados por vagos y cuatrerros, la sociedad local colocaba al pulpero en un lugar ambiguo: por un lado era reconocido como un vecino influyente, en función de lo cual era llamado a ocupar cargos en la administración local, y por otro se lo cuestionaba por sacar provecho de los ilícitos o por ampararlos.

En este libro se procura, en síntesis, resaltar la noción de que los hacendados y los comerciantes de la campaña no habrían sido sectores excluyentes y demostrar que los pulperos incursionaban en la producción como una manera de disminuir o evitar los riesgos que conllevaba la venta de mercancías. El autor supera la imagen del pulpero como un personaje falto de escrúpulos y de poco prestigio, casi marginal, que retrataba la visión tradicional. Aunque acepta que podían tener menor tendencia al arraigo que los hacendados, los propietarios de pulperías eran al igual que aquellos miembros respetados de las vecindades rurales, pero además gozaban del privilegio de sostener vínculos estrechos con la élite mercantil porteña, quien le servía de intermediaria con el tráfico atlántico. *Algo más que mercachifles* no sólo ha contribuido en demoler el estereotipo ofrecido por aquella visión anticuada sino que ha llenado un vacío al complejizar la figura de un actor social que actuó como uno de los pilares de la colonización de la campaña bonaerense. No cabe duda que este libro se convertirá en un obligado volumen de referencia para todos aquellos que estudien el comercio virreinal y post-independentista.

Guzmán Florencia, Los claroscuros del mestizaje. Negros, indios y castas en la Catamarca colonial, Córdoba, Encuentro Grupo Editor, 2010.

Cecilia Oyarzabal

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata - CONICET
Argentina
mariaac.oyarzabal@gmail.com

Según lo aclara en la introducción a su libro la autora se propone resignificar la importancia de la población negra en Catamarca para -a su vez- iluminar el complejo proceso de invisibilización y posterior declinación de este sector del escenario regional. Se propone además, analizar las modalidades de intercambio y entrecruzamiento entre los diferentes grupos socioétnicos y por último examinar a las familias vallistas en el espacio de lo cotidiano, de las prácticas concretas relacionadas con el trabajo, el matrimonio y la sexualidad. Es sin dudas, una motivación personal subrayada por Guzmán, desentrañar el descenso de los grupos africanos a comienzos de la República y su posterior desaparición del conjunto social.

En términos teóricos, para introducirnos al tema, Florencia Guzmán limita su apoyatura y se remite a autores como Fabregat y Lockhart para poner de relieve la importancia de la jerarquía como estructura ordenadora de la vida colonial y a la vez la variabilidad de los mestizajes, signados no solo por la biología sino también por la cultura y por el entramado social, político y económico en el que se desenvuelven los individuos. La sociedad colonial, tal como la describe la autora, reposaba sobre un código teológico-moral que situaba a la limpieza de sangre como signo fundamental del modelo patriarcal predominante.

La introducción concluye con un bosquejo de la sociedad catamarqueña colonial: un mundo español compuesto por plebeyos y otros, quienes habiendo alcanzado alguna posición socio-económica, se veían como nobles y ostentaban el título de don. Los hispanocriollos aparecen como un grupo mayoritario dentro de este sector. Las estrategias matrimoniales, las aptitudes personales, el acceso a tierras y a encomiendas de indios serán, en opinión de la autora, las variables que determinarán las diferentes oportunidades de diferenciación social. La escasez de mano de obra, dará lugar a la introducción de grupos indígenas del Chaco, de los valles Calchaquíes y a esclavos africanos conformando una sociedad multiétnica.

Las fuentes utilizadas para su investigación se cuentan entre los repositorios del Archivo General de la Nación de Argentina, los Archivos Provinciales de Catamarca, Salta, Tucumán y Córdoba donde se consultaron Censos de Población Archivos parroquiales, Protocolos Notariales, Actas de Consulado, Carpetas de Temporalidades y Fuentes Judiciales además de la Visita de Luján de Vargas.

La primera parte de la obra está dedicada a los actores sociales, el apartado inicia con una descripción de Catamarca colonial: la geografía, los primeros asentamientos, la producción y la población prehispánica son descriptos así como el proceso de conquista y distribución de encomiendas y rasgos típicos de la sociedad local como el culto a la virgen del Valle. La autora remarca la particularidad de la fundación un tanto tardía de la ciudad en el año de 1691, hecho que retomará en su argumentación y sus conclusiones. La composición étnica de los indígenas encomendados en la región se conforma por grupos originarios, mocovíes y calchaquíes. La convivencia –comprueba Guzmán- hace que se unan interétnicamente y esto trae como resultado que en los padrones más tardíos ya no se los discrimine por etnias sino que se los identifique con el colectivo de “indios”.

Los censos de población serán la fuente principal para el desarrollo de la obra. El análisis del que se llevó a cabo en el año 1778 arroja un resultado de un 16% de españoles (europeos y criollos) 10% indios 74% negros (libres y esclavos) que va a disminuir a 19% en 1812, datos que serán fundamentales para la tesis esencial del libro. Para 1812, se vislumbra un crecimiento de los indios libres concentrados en la ciudad en detrimento de los pueblos de indios. Numerosas familias multiétnicas conforman una sociedad signada por la hibridación y el mestizaje.

El capítulo final de esta primera parte está dedicado a los “Negros y mulatos, esclavos y libres”. La ciudad de Catamarca, repite Guzmán, tenía una alta tasa de esclavos. Sin embargo los expedientes judiciales presentan un panorama socioétnico muy complejo. Florencia Guzmán se refiere a este proceso como de “adscripción y autoclasificación étnica”, cruce en el que las categorías se mezclan, conviven y se multiplican, donde los documentos se refieren a “esclavas de color blanco”, “esclavas apardadas” “esclavos chinos”, “mulatos de color blanco”, “mulatos de ojos apardados” o “pardos azambados”.

La autora se explica el alto índice de población esclava a través de tres características de la región: las formas de producción y prácticas de agricultura en el valle que precisaba grandes contingentes de mano de obra, el desempeño de la orden jesuita que promovió la inserción del trabajo esclavo en el ámbito artesanal y por último, –adscribiendo a conclusiones establecidas por Silvia Mallo y Marta Goldberg para el espacio bonaerense- considera que en los asentamientos recientes como Catamarca existe un alto índice de población negra, mientras que en las zonas

de colonización más antigua la mayoría es mulata- parda. Esto proveería mayor visibilidad al grupo que declinaría con el tiempo.

La segunda parte del libro –“La dinámica social”- se inaugura con el capítulo que parece contener el núcleo de la obra: los claroscuros del mestizaje. Florencia Guzmán considera que el mestizaje es una transgresión de las barreras impuestas por el sistema colonial entre las categorías que manejaba la administración para identificar a los individuos. En este proceso, la ciudad adquiere un papel trascendental en la hibridación. El análisis de los documentos eclesiásticos hace concluir a la autora que en el caso de los matrimonios mixtos, los hijos de la misma mezcla son denominados de manera diferente y una misma clasificación sirve para designar a distintas modalidades de mezcla a la vez que nota una tendencia a desaparecer del vocablo zambo. En el ámbito urbano, la propensión que señala la fuente es la de casarse dentro del grupo, esta inclinación se va debilitando a medida que se desciende en la escala aunque los indígenas, en particular, son endogámicos. El mestizaje biológico y las estrategias sociales se aúnan para presentar un panorama intrincado a la hora de categorizar a los sujetos sociales.

En cuanto a la estructura familiar y las pautas de casamiento, la autora centra su atención en el rol de la Iglesia en esta sociedad. El mensaje de la misma sobre la castidad, el matrimonio y el control ejercido parece haber sido aceptado por el sector hispanocriollo. Pero no fue este el único sector que se apegó a la Institución. Según el análisis documental que lleva a cabo Guzmán, los indígenas también mantuvieron una alta tasa matrimonial. La autora ve en ello una paradoja, aseverando que las distancias entre las normas y las prácticas era menor entre los indios que la observada entre otros grupos étnicos. En contraposición, -comprueba- los esclavos manifiestan el índice nupcial más bajo y la tasa más alta de nacimientos ilegítimos.

Las fuentes muestran una heterogeneidad, un “mestizaje social”, es decir, el proceso por el cual el desarrollo de la sociedad colonial, especialmente la ciudad multiplica las interrelaciones entre los actores pertenecientes a distintas categorías étnicas generando posibilidades de movilidad social y de vínculos que atraviesan los estamentos. La sociedad colonial, lejos de ser rígida, -asevera- dejaba espacios de movilidad y la afirmación de las castas y grupos amestizados cuestionan su ordenamiento.

Los oficios y las modalidades de trabajo se repasan en los últimos capítulos del libro. Después de analizar las labores urbanas asociadas a los diferentes sectores étnicos, Florencia Guzmán se preocupa por establecer la correlación entre los ciclos productivos del valle y la estructura familiar de la región. En este sentido concluye que la naturaleza familiar de la economía agraria es la que facilita y estimula la formación de familias en los sectores socialmente subalternos que enfrentaban serios problemas para acceder a una vida familiar

en otras regiones del virreinato como es el caso de la campaña bonaerense. Reconoce un punto de articulación entre la decadencia económica que sobrevive a las sucesivas crisis comerciales, el escenario de la guerra de Independencia y la consecuente tendencia a emigrar por parte de la población masculina adulta.

Las conclusiones finales del libro tienden a remarcar el crecimiento de los sectores mixtos y la variabilidad de las clasificaciones e identidades sociales. La mestización de la población negra, confluyó a su vez en la declinación, invisibilización y desaparición de la misma durante el siglo XIX. Así es que, retomando el planteo inicial, la autora responde a su pregunta sobre el proceso de invisibilización de la población afrodescendiente de la región. Y si bien la trayectoria de este proceso pareciera seguir derroteros similares a los de otras regiones, el cuadro de las castas catamarqueñas que brinda Florencia Guzmán en su obra es un aporte fundamental a la historia de los mestizajes americanos.

Guy, Donna (2011), *Las mujeres y la construcción del Estado de Bienestar. Caridad y creación de derechos en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 320 p.

Luciana Marangone

Universidad Nacional de Tres de Febrero (Argentina)

lumar86@hotmail.com

Donna Guy es una reconocida historiadora estadounidense especialista en temas de historia Argentina contemporánea. Sus obras incluyen: *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires, 1875-1955* (1994); *White slavery and mothers alive and dead; the troubled meeting of sex, gender public health and progress in Latin America* (2000); entre otros.

En este libro, la autora analiza las propuestas y medidas promovidas por dos grupos de mujeres entre 1880 y 1955 que tenían como objetivo la protección de la infancia desvalida. Por un lado, las filántropas, provenientes de la clase alta, que se organizaban en asociaciones como por ejemplo, la Sociedad de Beneficencia. Por otro lado, las feministas, de clase media y alta que promovían la igualdad de derechos para ambos sexos y cuya educación y objetivos fueron distanciándolas de las primeras. La actuación de estas mujeres se enmarca en una sociedad profundamente

patriarcal, donde las madres no poseían derechos sobre sus hijos.

La hipótesis reside en que el estudio de las relaciones y el accionar de ambos grupos es útil para identificar el origen del Estado de Bienestar en la Argentina. Éste se visualiza a partir de la década del cuarenta pero previamente fue adquiriendo forma a través de medidas locales promovidas por grupos concretos, en este caso, de mujeres. El Estado de Bienestar surge cuando el peronismo hace suya la responsabilidad de estos grupos y deja de proveer subsidios a organizaciones privadas.

Para el desarrollo de esta obra, Donna Guy utiliza archivos inéditos provenientes del Consejo Nacional de Niñez, Adolescencia y Familia que contiene documentos de organizaciones de asistencia que no se encuentran en el Archivo General de la Nación.

La principal contribución de esta obra se halla en la visualización del aporte femenino a la construcción del Estado de Bienestar. Así, se analizan sus orígenes a partir de un recorrido por las políticas dirigidas hacia la infancia abandonada y pobre. A su vez, Donna Guy con cuidado de no perderse en el ámbito nacional medidas concretas y locales en la provincia de Buenos Aires.

De manera inédita, la autora identifica las diferencias de pensamiento de feministas y filántropas en torno a la cuestión de la adopción. Por un lado, las primeras, centraban su preocupación en las madres, quienes debían ser las encargadas de la protección y el cuidado de sus hijos. Mediante una correcta educación y ampliación de sus derechos las progenitoras eran consideradas las más aptas para solucionar los problemas de la infancia pobre. Por otro lado, las filántropas veían en la adopción la solución a los problemas de la niñez abandonada: se evitaba el enorme costo estatal de mantener a los menores en orfanatos; se protegía el estatus legal de padres adoptivos; se protegía a los niños de las estigmatizaciones por sus orígenes. En consecuencia, el fin de custodiar y auxiliar a la infancia unía a filántropas y feministas pero los medios las separaban.

El libro se compone de seis capítulos. En primer lugar, explora acerca del feminismo y la filantropía femenina antes de la construcción del Estado de Bienestar. La autora identifica los principales problemas que enfrentaba la infancia –abandono, circulación infantil y la niñez en la calle- desde el surgimiento del Estado-Nación. Para solucionarlos se decidió expandir la asistencia social. En este contexto, Guy realiza un recorrido por los principales hitos: la fundación de la Sociedad de Beneficencia por Rivadavia en 1823; la sanción de la Ley Agote en 1919; en el mismo año, la creación del Instituto Tutelar de Menores. Estas medidas contribuyeron a ampliar los derechos de las madres solteras. Sin embargo, las casadas continuaban sin gozar de la tutela sobre sus hijos, la cual estaba enteramente en manos de los padres.

En segundo lugar, analiza cómo diversas organizaciones, como el Patronato de la Infancia y la Sociedad de Beneficencia proponían soluciones para los acuciantes proble-

mas de la mortalidad infantil y el aumento de la tasa de nacimientos ilegítimos. En este apartado, también se identifica el poder que tenía la Sociedad al presentarse como un catalizador entre el Estado liberal (cuyo máximo exponente, Rivadavia, había fundado la Sociedad) y la Iglesia (ya que muchas congregaciones colaboraban en sus obras).

En tercer lugar, estudia la ritualización de la asistencia infantil en una serie de *performances*, entendidas como prácticas, labores y acciones que daban sentido al obrar de estas mujeres. Así, por un lado, las damas de la beneficencia practicaban una asistencia basada en el orden, en pos del cual, los menores perdían sus identidades: vestían uniformes que los igualaba y no se identificaban en los archivos con retratos sino con números o huellas dactilares. Por otro lado, las feministas ejercían una labor de asistencia infantil indirecta, ya que su foco estaba en la educación y la ampliación de derechos de las madres. A su vez, Eva Perón se identifica con una acción emotiva de la filantropía al utilizar por primera vez la idea de amor junto a la de caridad.

En cuarto lugar, la autora examina cómo la cuestión de la delincuencia juvenil demandó nuevas políticas sociales, ya que ni las filántropas ni las feministas pudieron en un principio ayudar a estos jóvenes. Los niños en la calle eran considerados potenciales delincuentes y por eso se determinó la construcción de reformatorios donde se les brindaba educación básica y podían asistir a algunos talleres que les facilitarían habilidades para el ejercicio de algún oficio.

En quinto lugar, se analiza cómo el surgimiento de nuevas entidades gubernamentales en la década del treinta (fundamentalmente la Dirección de Maternidad e Infancia y la Caja de Maternidad) y la profesionalización de las feministas amenazaron la contribución de la filantropía femenina. En este período surge con fuerza la idea de que la asistencia materno-infantil debía ser responsabilidad del Estado. Sin embargo, los escasos fondos con los que estas instituciones estatales contaban imposibilitaron que se logre dicho objetivo compartido por diversos grupos sociales y políticos. A su vez, la profesionalización del trabajo social provocó que las feministas tuvieran otro peso en la discusión, mientras que las damas de la beneficencia comenzaron a perder la autoridad que supieron tener.

Por último, Donna Guy argumenta que el Estado de Bienestar en la Argentina fue un proceso que el peronismo se adueñó al cooptar problemáticas que venían planteándose desde antes. Así, Perón y Eva supieron hacer suyos los planteos y políticas que ya otros habían propuesto y defendido. De esta manera, el peronismo se identificó con el Estado de Bienestar desplazando la acción que feministas y filántropas venían desarrollando desde el siglo XIX. En suma, *Las mujeres y la construcción del Estado de Bienestar* aporta una investigación original a los estudios de género en la historia Argentina y que, a su vez, dialoga con otras problemáticas que atraviesan el periodo analizado.

Gelman, Jorge, *Rosas bajo fuego: los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, 218 págs.

Federico Miguel Oneto

Universidad Católica Argentina (Argentina)
aguante_eminem@hotmail.com

La obra en cuestión es el resultado de más de dos décadas de investigación histórica llevada a cabo por el historiador Jorge Gelman sobre la historia económica y rural argentina entre el período tardocolonial y la primera mitad del siglo XIX¹. El autor no sólo ha indagado acerca de los aspectos económicos, sino también de las relaciones, construcción y mecanismos de poder en las áreas rurales.

Este libro tiene como propósito el análisis y la construcción del orden socio-político durante el segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires. Sin embargo, el autor considera una coyuntura específica del mismo ya que su hipótesis es que la crisis acontecida entre 1838 y 1840 fue la más profunda del régimen. Sostiene que los conflictos del período socavaron la legitimidad del régimen, y activaron mecanismos y disidencias que en una condición “normal” no se habrían producido. Asimismo, Gelman hace hincapié en la relevancia y el éxito del rosismo, y especialmente de sus “respuestas” frente a la crisis, para la reconstrucción de la autoridad estatal, el orden y la disciplina social, erosionados luego de la revolución de la independencia. En ese sentido afirmar que luego de la coyuntura mencionada, se consolidan los atributos esenciales de la “estatidad”².

¹Entre la producción sobre historia económica y rural argentina escritas por Jorge Gelman, destacamos: *Campesinos y Estancieros. Una región del Río de la Plata a fines de la época colonial* (1998), Buenos Aires, Los Libros del Riel; en colaboración con Basky, Osvaldo (2001), *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Mondadori, *De Rivadavia a Rosas. Desigualdad y crecimiento económico* (2006), Buenos Aires, Siglo XXI-Universidad de Belgrano. El período rosista ya había sido estudiado por el autor en algunas producciones como “Crisis y reconstrucción del orden en la campaña de Buenos Aires. Estado y sociedad en la primera mitad del siglo XIX” (2000), *Boletín Ravignani*, 21; *Rosas, estanciero. Gobierno y expansión ganadera* (2005), Buenos Aires, Claves para Todos/Capital Intelectual. Dos producciones del mismo autor y de especial relevancia en este libro fueron “La rebelión de los estancieros contra Rosas. Algunas reflexiones en torno a los Libres del Sur de 1839” (2002), en *Entrepasados*, 22, Buenos Aires; “Las elites económicas de Buenos Aires en la época de Rosas. Patrones de inversión, movilidad y fragmentación en tiempos de cambio” (2004), Prohistoria, Rosario, 8. Asimismo, Gelman se desempeña como director de la colección “Nudos de la Historia Argentina”, editada – al igual que el presente libro reseñado – por Sudamericana.

² Bobbio, Norberto (1985), *Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política*, México,

Un planteo fundamental del autor es que la crisis abierta por el bloqueo naval francés al puerto de Buenos Aires llevó al alejamiento de las elites respecto del Estado a causa del aumento de la presión fiscal. Sin embargo, incorporó a nuevos sectores de origen popular, por lo que logró ampliar sus bases de poder y ejercer efectivamente el monopolio de la coerción y la fuerza, atributos estatales poco antes disputados por diversos grupos políticos. En este sentido, la crítica coyuntura de 1838-1840 marca un punto de inflexión entre el primer “sistema” de Rosas – establecido sobre pilares más débiles y dependiente de las elites –, y el segundo – más consolidado –, basado en la combinación de construcción de consensos y del uso de la coerción, y que pese a ello también sufriría algunas alteraciones.

El primer capítulo – el más sucinto del libro – sirve como introducción al “primer sistema” de Rosas – en palabras del autor –, es decir, hasta el comienzo de su primer mandato. Se analiza la ruptura del orden colonial generado por la revolución y la guerra de independencia, los infructuosos proyectos de reconstitución de la autoridad estadual – en especial, el rivadaviano –, así como el ascenso de Rosas al poder. Resulta de especial utilidad para “ubicar” al lector en el contexto socio-político del segundo gobierno rosista, así como para comprender los elementos sociales que lo sostenían.

El segundo capítulo trata sobre el comienzo de esta crisis central del régimen rosista, y en especial sobre un importante alzamiento sucedido a mediados de 1839 en el sur de la campaña bonaerense, conocido como la rebelión de los “Libres del Sur”. El autor, en diálogo con muchos historiadores que abordaron este hecho, se detiene en el contexto y el desarrollo de la sublevación, aunque especialmente en sus causas y en sus líderes. Respecto de las razones de este movimiento sedicioso si bien Gelman atiende a múltiples aspectos, destaca las de carácter económico y fiscal. Acerca del liderazgo del alzamiento, la conclusión es que sus “cabecillas” fueron grandes propietarios rurales, pertenecientes a las “clases decentes” que habían sido sostenido el ascenso del caudillo porteño al gobierno de Buenos Aires.

El tercer capítulo trata sobre la infructuosa invasión del general Juan Lavalle a Buenos Aires con el fin de derrocar a Rosas. Se le concede especial importancia al apoyo y la ayuda recibida por las tropas “lavallistas” en el norte de la campaña bonaerense, zona marcadamente antirrosista, que disminuían a medida que se aproximaban a la ciudad de Buenos Aires. El autor recurre a los relatos de Juan de Elía, Pedro Lacasa y Tomás de Iriarte, tres partícipes de la invasión, que narran con

FCE,; Bourdieu, Pierre (1997), *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997; Portinaro, Pier Paolo (2003), *Estado. Léxico de política*, Buenos Aires, Nueva Vision; Weber, Max (1996), *Economía y sociedad*, México, FCE.

colorido todas las vicisitudes experimentadas en ella³. También se citan abundante correspondencia y documentos oficiales que permiten comprender la percepción que los distintos actores tenían de este dramático acontecimiento.

En las conclusiones, Gelman alude a su hipótesis de la introducción, y explica la reconfiguración operada por el régimen rosista en distintos órdenes a partir del fin de la crisis en 1840. Sostiene que fue la derrota de Lavalle, más que la represión de los estancieros bonaerenses del sur, lo que ajustó los mecanismos de represión del régimen, desatados tanto en la campaña como en la ciudad, así como en las expediciones militares enviadas desde Buenos Aires para sofocar los focos insurrectos del interior. Un hallazgo interesante resulta el de la profundización de la división clasista de la sociedad, en la que el rosismo se acerca a sectores populares, mientras que desconfía y castiga a los propietarios tanto urbanos como rurales sospechosos de ser opositores. El desplazamiento de sectores “decentes” de cargos públicos, la ola de “terror” desatada por la Mazorca en la ciudad – en octubre 1840 y abril de 1842 –, así como la confiscación de los bienes de los unitarios, constituyeron demostraciones de las nuevos pilares del gobierno de Buenos Aires. Gelman destaca a su vez, el relevante papel de los indígenas “amigos” del régimen en la represión de los movimientos sediciosos, así como el acercamiento de Rosas con las Sociedades Africanas porteñas. No obstante, este nuevo sistema de alianzas que configura el “Restaurador de las Leyes” no se mantendrá estático hasta Caseros, sino que se recompondrán paulatinamente los vínculos rotos entre el Estado y las elites. Esto no impide al autor concluir en que el nuevo consenso creado a partir de 1840 le permitirá al gobierno rosista ejercer su capacidad de coerción más efectivamente.

Un aporte invaluable de este trabajo es la multiplicidad de perspectivas que ofrece, desde la historia económica a la social y la política, además de que indaga en la percepción de los distintos sectores sociales acerca de la capacidad de ejercicio de la fuerza por el Estado rosista. Por último, este libro permite profundizar, a la vez que delinear nuevas posibles líneas de investigación, en los estudios sobre construcción de consensos y de legitimidad en el régimen rosista.

La estructura de la obra con tres capítulos generales, unas conclusiones, le confieren una gran coherencia interna. A su vez, cuenta con mapas que permiten al lector “ubicar” los pueblos y partidos de la campaña bonaerense – en tiempos de la crisis de 1838-1840 –, así como el recorrido de los distintos ejércitos a lo largo de la provincia. La redacción es sumamente correcta y las citas con aclaraciones o

³ De Elía, Juan (1888-1890), “Memoria histórica sobre la campaña del ejército libertador (1839-1841)”, en *Revista Nacional*, Buenos Aires, t. V a XI; De Iriarte, Tomás (1948-1949), *Memorias*, t. 6-7, Buenos Aires, Ediciones Argentinas; Lacasa, Pedro (1958), *Vida militar y política del General Don Juan Lavalle*, Buenos Aires, Imprenta Americana.

información adicional muy oportunas y completas. Por último, las tesis planteadas se sustentan en una exhaustiva consulta y crítica de material de archivo y fuentes primarias, en algunas casos inéditas, así como de un nutrido material bibliográfico que permite abordar desde distintas perspectivas el problema central del presente libro.

Lagos Marcelo-Conti Viviana; *Jujuy de la Revolución de Mayo a nuestros días (1810-1910-2010)*, San Salvador de Jujuy, Editorial de la Universidad Nacional de Jujuy, 2010. 1ª edición, 520 páginas.

Diego Citterio

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata - CONICET
Argentina
diegocitterio@gmail.com

“Llegará un día en que brotará
el hombre nuevo latinoamericano,
con su tierra y con su voz. Ya no habrá miedo
ni odio en el corazón de los hombres.
Se hablará un lenguaje nuevo que entenderemos todos.
Ese día, únicamente ese día, desaparecerá para siempre
la cultura del silencio”¹

El libro que reseñamos aquí es el producto de la labor científica de un proyecto de investigación desarrollado en la Universidad Nacional de Jujuy. Los autores proponen mostrarnos tres fotografías panorámicas de la historia de la provincia de

¹ Jesús de Olmedo y Rivero; *La cultura del silencio en América Latina*, Madrid, Editorial Popular, 1985 pp. 157. Jesús Olmedo es un conocido sacerdote que lucha incansablemente en la puna jujeña junto a los pobres.

Jujuy. Dando cuenta en su reflexión de los cambios y permanencias ocurridos en la sociedad jujeña.

Para quienes conocemos Jujuy con ojos de turista, o quizás con alguna otra cercanía, el trabajo de Lagos y Conti nos acerca un cuadro de situación preciso con respecto a la historia de la provincia. Como decíamos anteriormente el libro se divide en tres momentos; el primero se analiza el contexto previo al período de la revolución y el momento en el que se desarrollan las batallas por la independencia, en donde la población de Jujuy va a tener un papel destacado en la misma con el hecho histórico conocido como Éxodo Jujeño.

El segundo momento señalado por los autores es el de los centenarios, el de la Revolución de Mayo, el de la Declaración de la Independencia y el del Éxodo Jujeño. Y el tercer y último momento es el referido al Bicentenario.

En la primer parte del libro el Jujuy de 1810, está dividido en dos partes. La primera sección analiza la ubicación geográfica y espacial de Jujuy en el mundo colonial en el primer capítulo, allí los autores explican las cuatro distintas regiones geográficas en las que se divide la provincia, comenzando por el Valle, donde se estableció la ciudad de San Salvador de Jujuy. Continuando por el altiplano o comúnmente conocido como Puna Jujeña. Luego indicando la importancia de la zona que comunica la Puna con el Valle que es la quebrada, para finalizar con la zona de yungas y selva de altura. La importancia que Lagos y Conti marcan en la descripción geográfica está relacionada con la significación que poseía Jujuy en el recorrido del Camino Real en tiempos de la colonia. En el segundo capítulo hallamos un trabajo de demografía histórica muy bien logrado que nos permite conocer la población de Jujuy, su composición étnica, la división de la ciudad principal, y la conformación de los linajes de las principales familias de la elite jujeña de la época.

El tercer capítulo de esta primera sección es el más valioso en cuanto al período estudiado, ya que en él se observa el análisis de los autores de la importancia de Jujuy en el contexto económico de la época. Lagos y Conti se remiten y apoyan en la noción de *Espacio Peruano*² desarrollada por Carlos Sempat Assadourian.

Remarcan los autores que “*Cada zona integrante del espacio peruano tenía su especialización productiva y del trabajo, en función de sus características particulares (ecológicas, ambientales, culturales)*”³

Apuntalados en trabajos propios realizados anteriormente, en trabajos de otros colegas, en la consulta de fuentes editadas y en un trabajo minucioso de archivo, nos

² Carlos Sempat Assadourian, El sistema de la economía colonial. El mercado interior, regiones y espacio económico, México, Nueva Imagen, 1983.

³ Página 42.

presentan una imagen de las distintas producciones económicas que se realizaban para la época (cultivos de papa, mandioca, habas, maní, garbanzos, lentejas etc.) productos ligado a la economía andina. En otras zonas se desarrollaba el pastoreo de ganado vacuno y la cría de invernada de mulas que provenían de Córdoba. Entre las principales profesiones se encontraban la de abogados, médicos y escribanos, quienes pertenecían a la cima de la escala social. Entre los oficios y ocupaciones también se encontraban los vinculados a la burocracia colonial y los grandes mercaderes formados por los hacendados y estancieros y los comerciantes.

En el cuarto capítulo los autores examinan con detalle el proceso revolucionario, quienes lo enmarcan en el análisis de la vida política y cotidiana antes del estallido revolucionario explicando el funcionamiento del orden colonial en dicha región. Consideran también las fiestas celebradas en la sociedad ya sean de carácter religioso u homenajes reales. Además de un análisis de las costumbres de la sociedad jujeña en torno al vestirse, los juegos y los espacios de sociabilidad como las tertulias, el teatro y la celebración del Carnaval.

En la segunda parte de esta primera fotografía los autores logran un estudio pormenorizado sobre el papel de la sociedad jujeña durante las guerras de Independencia, como también los efectos de esta sobre los individuos. Es aquí donde los autores realizan hincapié en el hecho histórico por antonomasia de la historia provincial, como lo es el acontecimiento del Éxodo Jujeño, (del cual se celebra el acontecido en 1812, bajo la conducción de Manuel Belgrano) pero que no ha sido uno sino varios Éxodos los que ha debido afrontar la población jujeña durante el período de las guerras de Independencia. Y nos revelan también los distintos sentimientos que despertó la revolución en la sociedad, es así como explican y narran el acontecimiento de la Jura de la Constitución de Cádiz, por parte de algunos ciudadanos jujeños en 1812 quienes no apoyaban la causa revolucionaria. Pero otro de los hitos destacados es la entrega del emblema nacional por parte de Belgrano al cabildo de Jujuy en 1813 para su guarda y custodia.

La segunda fotografía panorámica de la historia de Jujuy, esta focalizada en la época de los centenarios; centenario de la Revolución de Mayo de 1810, centenario de la bendición de la bandera y coincidente con el primer Éxodo de la población de Jujuy en 1912 y el centenario de la Independencia en 1916.

Los autores utilizan al comienzo de esta segunda sección el análisis de guías generales, atlas y álbumes fotográficos donde el perfil que se descubre es el de una provincia considerada la “hermana pobre” desfavorecida por la distancia y el quietismo de sus habitantes. Y como bien señalan Lagos y Conti, la clase dirigente del país en esos años estaba preocupada por la imagen que brindaba hacia el exterior. Allí los historiadores analizan meticulosamente los textos de Joaquín Carrillo,

Luis Rodríguez, y Aníbal Helguera Sánchez quienes describen a la provincia con un tono un tanto pesimista y en algunos casos con una mirada sobre el potencial económico de la misma. Los trabajos de varios viajeros como la recuperación de la fotografía de la época entre la cual se destaca la obra de Julio Gaité un fotógrafo profesional de inicios del siglo XX.

Pero como destacan Lagos y Conti, el porvenir y progreso no dejaba de estar presente en la discursiva política provincia a tono con las ideas de la clase dirigente de fines del siglo XIX y principios del XX. Los autores analizan el comercio con Bolivia, sobre todo el vinculado a la venta de ganado en pie. Un hito destacado de la época es la llegada del ferrocarril, producto del accionar político de una de las figuras preponderantes de la política local como lo fue Domingo Teófilo Pérez o comúnmente conocido como el Senador Pérez. Otro aspecto destacado de la época es la labor de la minería y el desarrollo de los ingenios en la zona de las yungas, donde se destacan la presencia de Ledesma, La Esperanza y la Mendieta con un área de cultivo de 10.000 hectáreas hacia 1920.

La vida política en el centenario estuvo dominada fuertemente por un árbitro, el Senador Pérez. Al momento de su muerte el vacío político se colmó con un círculo cerrado de dominadores políticos provenientes de las familias de linaje junto con algunos provenientes de los poderes económicos. Podemos señalar que no habían surgido cambios en los actores políticos luego de cien años, la presencia de las mismas familias en el 1810 se volvía a encontrar luego de una centuria.

Es importante destacar el estudio sobre la educación en la provincia, su organización y su desarrollo. Donde los autores señalan que la educación de la región del noroeste argentino estaba desfasada en relación a otras regiones del país que se sustentaba en el modelo agroexportador. El análisis de la vida cotidiana del centenario es un capítulo notable, lo organizan a través de una receta de cocina de un plato tradicional quien guía al lector por los gustos y costumbres culinarias. El análisis de las coplas populares brindaran las imágenes del concepto del honor, y la mirada sobre la mujer quien era considerada “reina y esclava”.

La segunda parte de esta sección está vinculada al análisis de los viajeros e intelectuales realizan sobre la provincia. Entre ellos se destacan Vicente Blasco Ibañez, Adolfo Posada, Paul Walle, Eduardo Holmberg y el destacado Juan Biale Massé quien ha sido estudiado pormenorizadamente por el equipo que integran los autores⁴. Un aspecto destacado es la invención de la “jujeñidad” por parte de Ricardo Rojas. Donde los autores destacan la mirada del intelectual santiaguense

⁴ Lagos Marcelo; Fleitas M. Silvia; Bovi María Teresa (Comps.), A cien años del informe Biale Massé. El trabajo en Argentina del siglo XX y albores del XXI, Jujuy, Ediunju, 2004.

para consolidar un relato histórico y nacionalista. La imagen que fundaba Rojas era la de un Jujuy como pueblo apóstol y primero en jurar la insignia nacional. Además de el sacrificio realizado en el Éxodo. Finaliza este capítulo con el análisis sobre la visión de los intelectuales porteños sobre el interior del país.

En la última fotografía, una impresión del presente, que como bien aclaran los autores es para ellos el apartado que más dificultades les genera ya que no existe la distancia temporal suficiente. Pero a juzgar por su lectura, es una mirada bien lograda. Un análisis del presente de Jujuy, con una preocupación intelectual, ciudadana, sobre un terruño al cuál se desprende un gran amor por parte de los autores.

En esta última sección se realiza un examen y balance de la política estatal de la provincia, de las repercusiones del neoliberalismo en la población. De la repercusión de las luchas sociales marcadas por el corte de rutas y el olor a goma quemada. El surgimiento de líderes sociales como Carlos “Perro” Santillán y Milagros Sala. Una clase política que no responde a los intereses de las mayorías de la población. Un estado en deuda con los más necesitados. El desarrollo del turismo que empieza a cambiar el paisaje de la Quebrada. Es por eso que nuestro epígrafe acompaña quizás esta mirada de Jujuy.

Una obra fundamental en el concierto de las nuevas historias provinciales, pero una obra destacada de la labor científica desde las ciencias sociales realizadas en las universidades nacionales.